

EFEMÉRIDES

POR OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

FERNANDO DE LOS RÍOS

Un proyecto humanista y moderado



Fernando de los Ríos (1879, Ronda-1949, Nueva York) representó, dentro del socialismo español de comienzos del siglo XX, la incorporación de intelectuales a un PSOE que había tenido, hasta entonces, un marcado carácter obrerista. No fue el más temprano de esos intelectuales en su incorporación al partido -recuérdese a Julián Besteiro-, pero tendría una actuación muy destacada en el PSOE desde su incorporación al partido, en 1919, hasta el momento de su muerte en el exilio.

En el verano de 1926 apareció en las librerías españolas un volumen que llevaba el título de *El sentido humanista del socialismo*. El autor del libro era Fernando de los Ríos Urruti, que era catedrático de Derecho Político de la Universidad de Granada desde 1911.

Militaba en el Partido Socialista desde la primavera de 1919, después de haber sido elegido diputado por Granada en las elecciones parlamentarias de aquel año y, desde aquel mismo momento, se convertiría en una de las figuras más destacadas del socialismo español, a cuya Comisión Ejecutiva se incorporaría el año siguiente.

Pocos meses después participó, como representante del partido, en una visita a Rusia, para estudiar la viabilidad del ingreso del PSOE en la Tercera Internacional comunista que alentaban las autoridades de Moscú.

En aquella ocasión De los Ríos se entrevistó con Lenin, que le espetó aquella frase —“*Libertad, ¿para qué?*”— tantas veces repetida de una manera un tanto descontextualizada. En cualquier caso, el viaje de aquel catedrático socialista serviría para que el PSOE rechazase la adscripción a la Internacional Comunista y que los españoles partidarios de ésta se vieran forzados a la creación de un Partido Comunista que fue irrelevante hasta los meses anteriores a la guerra civil.

Fernando de los Ríos había nacido en Ronda (Málaga) el 18 de diciembre de 1879, hijo de un militar que fallecería en plena infancia del niño, que era el mayor de tres hermanos. La madre era de una familia de comerciantes locales de origen vasco francés.

La temprana muerte del padre llevó a la familia a Córdoba y, posteriormente, a Madrid, a donde llegaron en 1895. Buscaban la protección de familiares bien establecidos como era Francisco Giner de los Ríos -el creador de la Institución Libre de Enseñanza- con el que tenían un lejano parentesco.

De hecho, hasta que se vio catedrático de Granada, Fernando no cambiaría su apellido que, hasta entonces, había sido Del Río. Sin duda, trataba de asimilarlo al de su tío, e incluso pudiera ser que tratara también de asimilarse al conocido político moderado Antonio de los Ríos Rosas, otro rondeño, con el que parecía tener un lejano parentesco.

La presencia en Madrid, desde luego, le puso en estrecho contacto con los ambientes institucionistas que tenían como epicentro el modesto edificio del Paseo del Obelisco, 8 (Paseo del General Martínez Campos, 14, en la actualidad).

Aquel edificio, que albergaba un pequeño colegio de enseñanza y secundaria, era además un lugar de referencia para muchas personas que frecuentaban el trato de Francisco Giner de los Ríos. En torno a él se reunían, como diría Julio Caro Baroja “*unos pequeños grupos de hombres y de mujeres esforzados e idealistas, [que] creyeron en la posibilidad de que España, pobre, caduca, degradada, podía regenerarse por la vía intelectual, educativa, cultural en esencia. [...] Tenían fe en el pueblo español, [...] sabían ver la belleza de España*”.

Fernando de los Ríos se asimiló a aquel ambiente mientras realizaba sus estudios de Derecho en la Universidad Central, que completó a finales de 1901. A continuación, se trasladaría a Barcelona para trabajar en la Tabacalera. Allí vivía un hermano de Francisco Giner de los Ríos, Hermenegildo, y conoció a la hija de este, Gloria, con la que se casaría años más tarde. Durante esos años primeros de siglo colaboraría en el efímero diario madrileño *España*, y en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

Pero el gran paso de Fernando de los Ríos en su formación intelectual fue el de su estancia en Alemania -primero en Jena; después en Marburgo- que inició en diciembre de 1908 y se prolongaría hasta marzo de 1910. Allí se empaparía de idealismo kantiano con filósofos destacados como Hermann Cohen y Paul Natorp.

“*Los dos ejes históricos sobre los cuales gira mi pensamiento -le escribiría a Pedro Dorado en mayo de 1911, ya de vuelta en España- son Platón y Kant; entre los modernos Cohen; estas tres figuras han tenido un influjo enorme sobre mí y me alegro cada día más. Para mí, el supuesto de un común divisor humano es el punto de arranque para el derecho, el cual trabaja siempre con el yo genérico, es decir, después de haber eliminado*

de los hombres lo que es diferencial en cada uno, el yo psicológico.”

De regreso a España, a comienzos de 1911 consiguió la cátedra de Derecho Político español comparado con el extranjero, de la Universidad de Granada, aunque sólo permaneció allí los meses finales de aquel curso académico ya que, al comenzar el siguiente, se trasladó a Madrid para trabajar en el Centro de Estudios Históricos que se había creado en marzo de 1910, y en el que coincidió, entre otros muchos prestigiosos historiadores y filólogos, con Eduardo Hinojosa, Manuel Gómez-Moreno, Ramón Menéndez Pidal, Rafael Altamira, Miguel Asín Palacios, Julián Ribera, Felipe Clemente de Diego y Américo Castro.

Cuando se reincorporó a la Universidad de Granada, ya casado con Gloria Giner de los Ríos, el joven catedrático de treinta y tres años aparecía como un institucionista emparentado, por vía política, con el creador de la Institución Libre de Enseñanza, una empresa empeñada en proyectos reformistas que descansaban sobre la educación de los españoles en todos sus niveles. El proyecto de una Universidad Libre había naufragado hacía tiempo y, como ya se ha señalado, la Institución se había reducido ya a un pequeño centro educativo en el paseo madrileño del Obelisco.

Pero la influencia de Francisco Giner de los Ríos desbordaba, con mucho, los muros de aquel pequeño edificio que aún subsiste en el corazón de Madrid. Aquella casa era visitada habitualmente por alguna de las figuras más destacadas de la vida política española de entonces, especialmente del Partido Liberal. Nicolás Salmerón, Laureano Figuerola, Segismundo Moret o Eugenio Montero Ríos fueron visitantes asiduos de aquella casa, desde la que se alentaron proyectos como el Museo Pedagógico o la Junta para la Ampliación de Estudios, que había sido la que financió la estancia de Fernando de los Ríos en Alemania.

En todo caso, lo que más distanciaba a la Institución de los sectores más conservadores de la sociedad española era su supuesto anticatolicismo y cierta tendencia a favorecer a sus propios simpatizantes a la hora de adjudicar algunos puestos de relieve. Algunos años después, cuando la guerra civil permitió el acceso al poder de los sectores más conservadores de la sociedad se publicó un libro que llevaba un título bien expresivo: *Una poderosa*

fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza (San Sebastián, 1940).

No resulta extraño, por tanto, que cuando Fernando de los Ríos se estableció en Granada, entrase en relación con personas alejadas de los sectores más conservadores de la ciudad, y que estos sectores le hicieran destinatario de fuertes críticas. Se dijo, por ejemplo, que el matrimonio De los Ríos no había querido bautizar a su hija Laura, lo que no era cierto, aunque sí lo fue que la niña no se educó en ninguno de los colegios de religiosas que había en la ciudad. Se educaría en la casa familiar, bajo la responsabilidad de su madre, que era catedrática de la Escuela Normal.

En cuanto a su actuación política, Fernando de los Ríos había manifestado sus simpatías hacia el movimiento socialista desde años antes de llegar a Granada, pero fue allí donde se puso en contacto con el Partido Socialista y participó en actividades de la Casa del Pueblo. En febrero de 1918 fue derrotado en las elecciones de diputados, aún sin estar afiliado al PSOE. “*Mi posición* -le escribió por entonces a Cossío- *es, independiente de todos, afirmando mi socialismo humanista*”.

Le había escrito a Cossío porque, después de la muerte de Francisco Giner en 1915, Cossío había quedado como cabeza visible del mundo institucionista, y parece plausible que esa misma muerte de Giner librase al joven catedrático de cualquier reparo para afiliarse al Partido Socialista Obrero Español.

La cuestión es que, después de ser elegido diputado por Granada en las elecciones del primero de junio de 1919, pasó a incorporarse a la minoría socialista en el Congreso de los diputados de la que sólo formaban parte seis personas: Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Indalecio Prieto, Teodomiro Menéndez, Andrés Saborit, y Fernando de los Ríos. Representaba, dentro de ese grupo, un “*socialismo de guante blanco*”, tal como se decía en una copla burlona que se ha atribuido habitualmente a García Lorca.

La pertenencia a ese pequeño grupo parlamentario le colocaría también, desde el primer momento, en los altos niveles de dirección del partido, como se demostraría, a finales de ese mismo año, en su incorporación a la representación socialista que participó en la Conferencia Internacional del Trabajo que se celebró en Washington. En ese viaje

le acompañarían Francisco Largo Caballero y Luis Araquistáin.

A partir de esa fecha se convertiría, además, en un frecuente viajero, tanto por motivos académicos como políticos y tuvieron especial importancia sus estancias en Estados Unidos, en las que desarrolló una intensa tarea como profesor y conferenciante.

Pero el viaje más trascendente, como ya se señalado, fue el que realizó a la Rusia soviética, a finales de 1920, para explorar la posibilidad del ingreso del PSOE en la Internacional Comunista. La opinión adversa de De los Ríos sería decisiva en el informe que presentó al Comité Nacional del partido y en el congreso extraordinario que se celebró en abril de 1921. De los Ríos haría después la crónica de aquel viaje en su libro *Mi viaje a la Rusia soviética*, que se publicó en octubre de aquel mismo año.

También debe ser subrayadas sus largas estancias en el continente americano, en 1926 y en 1928, que tuvieron su base en los Estados Unidos, pero que le llevaron también a México y Cuba.

Esos largos viajes fueron, en alguna medida, consecuencia de establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, que había provocado duras críticas del catedrático granadino, quien prefirió alejarse de España. El enfrentamiento alcanzaría su punto álgido en 1929, cuando renunció a su cátedra de universidad. Pocos meses después se encaminaría de nuevo a los Estados Unidos, con la compañía de Federico García Lorca.

Fueron también los años de su madurez teórica, que se tradujeron en centenares de artículos de prensa, prólogos, y libros, como el citado al inicio de estas líneas, o su obra de investigación histórica *Religión y Estado en la España del siglo XVI* (1927).

A través de ellos reclamó un socialismo de base humanista en el que, sin embargo, no faltó un claro radicalismo jacobino. A comienzos de 1929, con ocasión del XXV aniversario de la creación de la Juventud Socialista Bilbaína, afirmó rotundamente:

“he afirmado que, desde hace muchos años, consideramos que allí donde haya una economía libre, los hombres son esclavos”.

A comienzos de 1930 consiguió trasladarse, como catedrático, a la Universidad Central,

aunque, pocos meses después, la proclamación de la República le llevó al primer plano de la vida política para ocupar, sucesivamente, los cargos de ministro de Justicia, de Instrucción Pública y de Estado en varios gobiernos del primer bienio republicano.

El estallido de la Guerra Civil española le sorprendería en Ginebra, aunque se trasladaría inmediatamente a París para colaborar en las gestiones diplomáticas encaminadas a la consecución de armas para ahogar el pronunciamiento militar que estuvo en el origen del conflicto.

Vuelto de París fue nombrado, fugazmente, rector de la Universidad Central, para pasar inmediatamente al puesto de embajador en Washington, a donde llegó a primeros de octubre. Allí permanecería durante toda la guerra dedicado, sobre todo, a romper el embargo impuesto por el presidente Roosevelt a la venta de armas y petróleo al gobierno de la República. También a contrarrestar el peso de la opinión pública, católica y conservadora, en relación con el conflicto bélico español. Sus resultados fueron, tan solo, mediocres.

Terminado el conflicto bélico en España, Fernando de los Ríos volvería a las tareas docentes en la New School for Social Research, de Nueva York y, cuando se reactivó la actividad política de los exiliados republicanos, pasó a ser ministro de Estado del Gobierno republicano en el exilio, en agosto de 1945. Una tarea en la que se empeñó, sin demasiado éxito, en el reconocimiento de este gobierno por parte de las potencias vencedoras de la guerra mundial.

Una repentina enfermedad echaría por tierra todos esos esfuerzos y provocaría su muerte en Nueva York el 31 de mayo de 1949. Hace ahora setenta y cinco años.

Fernando de los Ríos representó, dentro del socialismo español, la apuesta por una praxis moderada que le apartaba del obrerismo dominante en el partido y, mucho más, de la opción revolucionaria que representó Largo Caballero durante los años de la República. En ese sentido, su aliado natural fue Indalecio Prieto con el que tuvo una larga relación.

En todo caso, la moderación de su comportamiento, fue compatible con un notable radicalismo teórico que se manifestó en su abundante obra escrita.

BIBLIOGRAFÍA

DÍAZ, E., “Fernando de los Ríos: socialismo y humanismo”, *Saber leer*, Madrid, 127 (VIII/1999)

Fernando de los Ríos 1879-1949, Fundación Fernando de los Ríos y Fundación Caja de Granada, Granada, 1999

ZAPATERO, V., *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*, Pre-Textos y Diputación de Granada, Madrid, 1999

CÁMARA VILLAR, Gregorio (ed. y coord.), *Fernando de los Ríos y su tiempo*, Universidad de Granada, 2000

RUIZ-MANJÓN, O., “Para una edición más completa de las *Obras completas* de Fernando de los Ríos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense, Madrid, 28 (XII/2006), pp. 345-57

RUIZ-MANJÓN, O., *Fernando de los Ríos (1879-1949). Un intelectual en el PSOE*, Síntesis, Madrid, 2007

PRIETO, I.; RÍOS, F. de los; RUIZ-MANJÓN, O. (ed.), *Epistolario. 1924-1948*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura